



Oficinas: Nuñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

No há muchos números, publicamos unas cuartillas de un toledano ilustre, prestigioso erudito, en las que concretaba su idea sobre la igualdad del gran Toledo con la de la gran Roma.

Contundente verdad que hacemos nuestra, y que sostenemos con toda firmeza, con absoluto convencimiento, aunque alguien, que esconde su nombre en un cobarde anónimo, nos tache de ilusos; si él opina lo contrario, que lo diga, que lo demuestre, los hombres discuten.

Nosotros le contestaremos y quedará vencido como el más rastrero insecto; no nos ofenden sus palabras de desdén por nosotros, nos hieren porque son dirigidas a Toledo, este pueblo mágico y caballeroso, que es de su patria si no es su pueblo, o es en uno de los en que se habla la lengua castellana, que él, cobarde, usa para despreciarle.

Toledo no puede ser censurado por nadie: Toledo es la obra completa que ninguno, a no ser un mentecato o un idiota, se puede atrever a profanar, ni aun con la indiferencia más grotesca.

Toledo es único, es lo irreal, la belleza absoluta.

Los viejos árboles de la vetusta Toledo.

Al llegar a esta capital me forjé la ilusión de que encontraría en ella, fácilmente, colosos vegetales, respetados por el tiempo que respetó tantos monumentos del pasado en esta vieja ciudad. Mis pesquisas fueron vanas durante algún tiempo, y hoy, después de dieciocho años de residencia, puedo ofrecer sólo una pequeña lista, de la que ya han desaparecido, por desgracia, algunos individuos, arrancados por la implacable mano del hombre, más funesta para los árboles que la guadaña de Cronos. Sería curioso narrar todas las peripecias que me ocurrieron en estas investigaciones, pues en todas partes recibían con desconfianza mis visitas y mis preguntas, ya que la ignorancia es un tremendo enemigo, no sólo de la Ciencia, sino del hombre científico, y en general, de la humanidad.

En el claustro bajo de la Catedral, mandado edificar por el Arzobispo D. Pedro Tenorio (siglo XIV), se encuentran algunos vegetales muy antiguos, y entre ellos un ciprés (*Cupressus fastigiata, Mill.*), que no titubeo en suponer date del siglo XV, época de la que, sin duda, proceden también algunos de los magníficos laure-

les que adornan a este claustro, pertenecientes a la especie *Laurus nobilis, Linné*. Y asimismo datan del siglo XV, a mi juicio, los viejísimos mirtos (*Myrtus communis, Linné*), que se encuentran a la entrada de este jardín y cuya plantación atribuye la tradición popular a Isabel la Católica, que la hizo con estacas, traídas de Palestina según unos, y de Granada, según otros. Mentira parece que una planta tan bella como ésta, y que en Toledo se da bien en los sitios abrigados, no cuente con más ejemplares que con éstos y sus retoños, y con uno que se encuentra en el jardín de la Comandancia de Ingenieros, plantado por mano de D. Víctor Hernández, Comandante de Ingenieros, de grata memoria por sus dotes de inteligencia y delicados sentimientos. Pero aún parece más mentira que el soberbio algarrobo (*Ceratonia siliqua, Linné*), ejemplar que databa, seguramente, por lo menos de los primeros años del siglo XVI, fuese arrancado y hecho leña, desapareciendo así del claustro, poco después de haberlo yo visto y admirado a mi llegada a Toledo, hace ya más de dieciocho años.

El odio al árbol es natural en toda Castilla, en donde nadie le ama ni siquiera los jardineros, y en donde aún lo miran con desconfianza, por creer que les estorba buenas cosechas de verduras, hasta los hortelanos de Cuenca que son, sin duda

alguna, de los más inofensivos para las plantas y los animales, y de los que más respetan la obra inimitable de Dios.

En cuanto a los Conventos, citaré el colosal naranjo agrio del magnífico Convento de Santa Isabel de los Reyes, naranjo que, según las Monjas, existía ya en el siglo XVI, cosa que creo muy cierta, pues nunca ni en Valencia, ni en Córdoba, ni en Murcia, ví naranjo como éste, gigante que llega a los tejados. Con emoción profunda recogí el ramo de naranjas y de azabache que las monjas me ofrecieron cuando entré en clausura con el Excelentísimo Sr. Conde de Cedillo, recordando, melancólicamente, los hermosos naranjos de la casa en que me crié en Córdoba, y pensando en Mignon, la tierna poesía de Goethe. Pertenece el ejemplar de que me ocupó al *Citrus vulgaris, Risso*. En otro de los patios de este Convento, para el que se unieron los admirables palacios de la madre y abuela de D. Fernando el Católico, se encuentra un soberbio laurel contemporáneo del naranjo, y también una variedad de la zarza común (*Rubus idaeus*), que no tiene espinas y que las Monjas dicen, según piadosa tradición, proceder de otra en la que, habiéndose revolcado San Francisco de Asís, perdió, milagrosamente, sus espinas. Algunas plantas de climas cálidos florecen en la huerta de este Convento, y entre ellas recuerdo la